

Carta Pastoral de Año Nuevo del Obispo Otsuka 2022

Vivir la fe en la era del Corona Virus 2ª Parte

Enfrentarse a la muerte como cristianos

Obispo Católico de Kioto

Paulo Otsuka Yoshinao

Introducción

En esta Carta de Año Nuevo 2022 quiero reflexionar con ustedes el cómo vivimos nuestra fe en la era del corona virus, específicamente con algunos consejos de como enfrentarnos a la muerte como cristianos.

A medida que la sociedad japonesa experimenta un rápido descenso de la natalidad y el envejecimiento de la población, un número cada vez mayor de personas mayores quiere vivir el resto de su vida sin ser una carga para sus hijos y otras personas. Entienden que prepararse para afrontar la muerte se ha convertido en algo esencial para vivir ahora de una mejor manera. Este tiempo de la pandemia del corona virus ha sido una oportunidad para que las personas se cuestionen fundamentalmente sobre las actividades sociales y económicas y los estilos de vida individuales.

Como cristianos que vivimos en esta era del corona virus, quiero pensar en el encuentro con la muerte al final de nuestra vida desde un punto de vista bíblico, que nos lleve a una forma de vida más positiva. En lo sucesivo, el termino "fin de la vida" en el texto, siempre me voy a referir al "a la vida después de la muerte como cristianos". Para aquellos que piensan que el "final de la vida" es demasiado pronto para pensar en ello, por favor refiérase al "final de la vida" como un indicio de "vida / actividad", es decir, la "vida y actividad" del presente, hoy en día.

1. Recibir la vida en abundancia

"He venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia". (Juan 10,10).

Comencemos nuestras reflexiones sobre el encuentro con la muerte con las hermosas palabras de Jesús sobre recibir "vida abundante". No se trata de una abundancia de riqueza y éxito mundanos, sino de la abundancia de la vida eterna que vence a la muerte. Como dice San Pablo, ahora estamos viendo lo que parece tenuemente reflejado en un espejo, pero en la Segunda Venida del Señor veremos a Dios cara a cara. Ahora sólo conocemos una parte, pero entonces conoceremos claramente como somos conocidos por Dios (cfr. 1 Corintios 13,12).

Por lo tanto, nuestra primera tarea al encontrarnos con la muerte es sacar todo lo que tenemos en la memoria. Debo ser como un letrado que se ha hecho discípulo del reino de los cielos. Se parece al dueño de una casa que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas (cfr. Mateo 13, 52). Lo viejo es el amargo recuerdo de haber rechazado el amor de Dios, mientras que lo nuevo es la experiencia evangélica de respuesta a la llamada de Jesús.

Cada vez que el pueblo de Israel recordaba y conmemoraba los acontecimientos del Éxodo, daba gracias por la paciente guía de Dios en su desobediencia y esperaba la culminación de su salvación. De la misma manera, cuando examinamos sinceramente nuestros recuerdos y afrontamos con honestidad nuestro pasado, nuestro corazón despierta la voluntad y la esperanza de vivir un futuro alegre.

2. La casa del Padre de Jesús nos espera

El encuentro con la muerte confirma el sentido de nuestro nacimiento en este mundo al dar gracias por vivir en el amor y la gracia de Dios.

Jesús dijo en la Última Cena: "*En la casa de mi Padre hay muchas moradas*". (Juan 14, 2). Esta casa es la morada eterna en el cielo de la Santísima Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (2 Corintios 5, 1). Me imagino que todos estamos invitados allí sin excepción, y que todos en su realidad más básica compartimos la comunión con Dios de alguna manera única.

Mientras que lleguemos a la casa del Señor, el Padre envía al Espíritu Santo a través del Hijo como consejero y ayuda para cada uno de nosotros (cfr. Juan 14, 15-21). Gracias al Espíritu Santo, cada uno de nosotros construye su propia vida, la cual es exclusivamente única.

Por tanto, no tiene sentido comparar el sentido y el valor de mi vida con la de los demás. Cada uno de nosotros ha nacido para crear en este mundo una vida que no puede ser sustituida por otras personas, para ser "*la única flor del mundo*".

3. Guardar el día de descanso

Al hablar de la muerte, nos referimos a nuestra propia muerte, pero no la consideramos como una preparación para morir, sino como una forma de extender nuestro ser hacia el descanso eterno, un día de reposo más allá del tiempo. El mandamiento del Señor, "*Acuérdate del día de reposo y santifícalo*" (Éxodo 20, 8), nos recuerda que Dios, nuestro Creador, tiene una meta.

Toda la Biblia comienza con la frase "*En el principio, cuando Dios creó los cielos y la tierra*" (Génesis 1, 1) y termina con la promesa del Señor y nuestra súplica: "*Ciertamente vengo pronto*". *Amén. Ven, Señor Jesús*". (Apocalipsis 22, 20).

David dijo: "*El Señor es mi pastor, nada me falta. En verdes praderas me hace recostar, junto a aguas tranquilas me conduce*" (Salmo 23, 1-2) y cantó al descanso. Jesús prometió el descanso eterno cuando dijo: "*Vengan a mí, todos los que están cansados y agobiados, y yo los aliviaré... y encontrarán descanso para su vida*". (Mateo 11, 28-29).

El objetivo de la creación es un mundo dichoso en el que Dios y la humanidad vivan juntos cara a cara (véase Génesis 2, 1-3). Para ello, Dios, con el tiempo, utiliza la historia de la salvación para preparar el cumplimiento de la creación a través de Cristo, el Alfa y la Omega (cfr. Apocalipsis 1, 8).

La historia del universo, del mundo y de nuestras propias vidas tiene un final, y todas las cosas descansarán en ese sábado (Sabbath). Es el drama divino que Dios está desarrollando

para mí, que conduce al acto final del "descanso". Cada momento previo es un "*tiempo de gracia, un día de salvación*" (cfr. 2 Corintios 6, 1-2), en el que la gracia de Dios no debe desperdiciarse, y al final nos espera la alegría de dar fruto el ciento por uno (cfr. Mc 4, 20).

4. Mirando a Cristo, el Consumador de nuestra fe

En sus últimos años (alrededor de los 60 años), San Pablo escribió: "No es que ya haya obtenido [la justicia por la fe] o que ya haya llegado a la meta, sino que prosigo para hacerla mía, porque Cristo Jesús me ha hecho suyo... pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y esforzándome por lo que está por delante, prosigo hacia la meta" (Filipenses 3, 12-14). Por eso, los que creemos en la guía de Dios miramos a Cristo, el que inicio y consumo la fe, mientras corramos con constancia la carrera que nos espera (cfr. Hebreos 12, 1-2).

Cristo es nuestro compañero en el encuentro con la muerte. Al igual que los dos discípulos que se dirigían a Emaús (cfr. Lucas 24, 13-27), cuando experimentamos contratiempos o fracasos en nuestra vida y sentimos remordimientos, debemos invitar a Jesús a venir y caminar con nosotros. El propio Jesús explicó la necesidad del sufrimiento del Mesías, que se consideraba una piedra de tropiezo: "*¿No era necesario que el Mesías padeciera estas cosas, para entrar en su gloria?*" (Lucas 24, 26). Enseñó a sus discípulos que la obra de salvación de Dios es un misterio y que todos los acontecimientos tienen un significado.

El maestro Qohélet dice: "*Para todo hay un tiempo, y un tiempo para cada cosa bajo el cielo*" (Eclesiastés 3.1). En primer lugar, *hay un tiempo para nacer y un tiempo para morir* (Eclesiastés 3, 2). Después de decir que todo lo que hace Dios es hermoso en todo momento, recuerda que el hombre "*no puede descubrir lo que Dios ha hecho desde el principio hasta el fin*" (Eclesiastés 3.11).

Antes de que le ocurran una serie de desastres, Job dice: "*El Señor me lo dio, y el Señor me lo quito; ¡bendito sea el nombre del Señor!*" (Job 1, 21), reconociendo que su vida y su muerte están bajo el dominio de Dios. A continuación, Dios pone a prueba si los pensamientos de Job son sinceros.

Como escribe Lucas, María conservaba y meditaba todo en su corazón (cfr. Lucas 2,19. 51). También nosotros seguimos ponderando nuestro encuentro con la muerte con la confianza puesta en el Señor.

5. Cuestionar el sentido del silencio de Dios

"El encuentro con la muerte nos obliga a meditar sobre el silencio de Dios".

En el Libro de los Salmos hay un grupo de oraciones conocidas como "Salmos de Lamentación". En ellos, el sentido de la presencia de Dios se mezcla con el sentido de la ausencia de Dios, de que Dios ha abandonado al que reza o incluso de que Dios no está presente. Cuando el silencio de Dios continúa, nos preguntamos si es la ira de Dios o un castigo por nuestros pecados, y no podemos soportar el silencio. Tendemos a querer experimentar a Dios emocionalmente, pero lo que Dios nos pide es confiar completamente en el.

El poema de Margaret F. Powers "*Huellas en la arena*" describe un sueño en el que la autora camina por la vida con el Señor. Sus huellas y las del Señor han estado una al lado de la otra en una playa de arena, pero hubo un momento en que ella se enfrentó a dificultades y penas en su vida y sólo había un par de huellas. Entonces, ella se queja con el Señor: "*No entiendo por qué, cuando más te necesite, me abandonaste*". Entonces el Señor le dice: "Mi preciosa niña, yo te amo y nunca te abandonaré, nunca, jamás, durante tus pruebas y tribulaciones. Cuando sólo viste un par de huellas, fue porque yo te cargaba".

Job perdió todo lo que tenía en un solo día, sus posesiones, incluida su salud, y se sentía consternado por el silencio de Dios mientras seguía preguntándole por el significado de este suceso. Pero el libro de Job nos enseña que todas las experiencias sirven para darse cuenta de la presencia inmutable de Dios y que no debemos interpretar la obra de Dios desde un punto de vista meramente humano. Cuando recordamos el dolor, los sufrimientos y la oscuridad del pasado, no debo preguntar por qué me sucedieron, sino más bien, cómo me ama el Padre a través de ellos.

6. "Creo en la resurrección de la carne"

La base de nuestro encuentro con la muerte reside en nuestra fe en la resurrección: "*Creo en la resurrección de la carne*". Esta es la cúspide del Credo. Morir es horrible, es un sentimiento humano normal. Pero los cristianos podemos aprender de la epístola de San Pablo no por qué morimos, sino por qué la muerte es tan horrible. Así también la muerte se extendió a toda la humanidad, ya que todos pecaron (cfr. Romanos 5, 12- 6, 14). Por el pecado de Adán, el primer ser humano, todos estaban esclavizados al pecado por naturaleza y, por tanto, bajo el dominio de la muerte. El pecado es la desobediencia hacia Dios, abandonando a Dios y queriendo ser como Dios mismo. Como resultado de este pecado se produjo una ruptura en la relación entre Dios y el hombre.

Pero a través de la pasión y muerte de Cristo, nuestros pecados son perdonados y nuestra relación con Dios es restaurada. Como resultado, podemos vivir libres del angustiante temor a la muerte. Pablo dice: "*Pero con el don no sucede como con el delito. Si por el delito de uno solo murieron todos ¡cuánto más la gracia de Dios y el don otorgado por la gracia de un solo hombre Jesucristo, se han desbordado sobre todos!*". (Romanos 5, 15). Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no se pueden comparar con la gloria que se ha de manifestar en nosotros. Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. (Romanos 8, 18-19).

La verdad de que los cristianos son vivificados por el amor gratuito y la misericordia de Dios es aceptada en la fe. Al ser "bautizados en Cristo Jesús" (cfr. Romanos 6, 3), recibimos las primicias del Espíritu que nos convierte en hijos de Dios (cfr. Romanos 8, 23), y nos permite unirnos al Señor en la oración "Abba, Padre" (cfr. Romanos 8,15). Entonces, al final del mundo, seremos resucitados por Cristo el Señor y se nos dará un cuerpo de resurrección glorioso en el que viviremos la vida eterna (cfr. 1 Corintios 15, 35-49).

7. "Danos hoy nuestro pan de cada día"

La mayor alegría del cristiano es recibir la Eucaristía como alimento para el camino de la vida. Jesús dijo: "*El que cree tiene vida eterna*" (Juan 6, 47), y prometió: "*El que come mi carne y bebe mi sangre tienen vida eterna, y yo los resucitaré el último día*". (Juan 6, 54).

Sin embargo, aunque recibamos la vida eterna, nuestra salvación tiene dos aspectos del "ya" y de "todavía". Por eso, Jesús nos alimenta con su cuerpo, proporcionándonos el sustento que necesitamos para una vida llena de sufrimiento y dolor. Este alimento, que rezamos en el Padre Nuestro, "*Danos hoy nuestro pan de cada día*", es, junto con todas las gracias que recibimos del Señor diariamente, el don sacramental que necesitamos para "este día" mientras estamos aquí en este mundo.

Además, a través del sacramento de la Eucaristía nos unimos a Dios que trasciende el tiempo. Por el bautismo participamos en la muerte y resurrección de Cristo, y por el sacramento de la Eucaristía, mientras estamos en este mundo, ya participamos en la vida celestial de Cristo resucitado.

Cuando pensamos en esto, nos damos cuenta de que el conjunto de la vida de cada persona no es sólo un inventario de la actividad personal, sino que es también un inventario del toque eterno de Dios en el tiempo. Aunque ya no pueda recordar mi propia historia, ésta ya está grabada en la memoria de Dios. En "La vida después de la muerte" saborearemos el eterno "ahora" de vivir con Dios en la conciencia del flujo continuo del tiempo, momento a momento.

8. "Si no tengo amor, no soy nada"

Al final de nuestra vida, nos graduamos de una "ética del deber", es decir, de la actitud de que la vida debe ser vivida de una determinada manera.

Un joven rico le preguntó a Jesús: "*Maestro bueno ¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?*". (Marcos 10, 17). Pero no hay respuesta a su petición de un código a seguir. La salvación se recibe como un regalo gratuito de Dios. El joven no se dio cuenta de que le faltaba fundamentalmente el conocimiento del mundo del amor, lleno de libertad y alegría, al margen del mundo del deseo y del mundo de la ley. Jesús invita al joven a desprenderse de sus posesiones y a despertar a este mundo de amor.

También nosotros debemos buscar cuidadosamente lo que nos impide vivir en el mundo de amor. Debemos liberarnos de una orientación de amar a Dios como un deber y profundizar más bien en una vida de amor que responda libremente al amor de Dios.

Pablo nos dice en su himno al amor (1 Corintios 13, 1-13) que, aunque tuviera una fe como para mover montañas, aunque repartiera todos mis bienes y entregara mi cuerpo a las llamas sin no tengo amor, de nada me sirve. La fe, la esperanza y el amor permanecerán para siempre, pero la más grande de todas es el amor.

Sólo en el encuentro con la muerte es posible recordar cada día la "Lista del amor" de Pablo y practicarla. "*El amor es paciente; el amor es bondadoso; el amor no es envidioso ni*

jactancioso, ni arrogante, ni grosero. No busca su interés, no se irrita, sino que deja atrás las ofensas y las perdona, nunca se alegra de la injusticia, y siempre se alegra de la verdad. Todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta" (1 Corintios 13, 4-7).

9. "Acuérdate de mí"

No estamos esperando ir al cielo cuando muramos y ser felices allí. Hay cosas que debemos hacer antes: pedir perdón a Dios y a los demás. Todos tenemos "recuerdos sin resolver", repetidas auto justificaciones y excusas por nuestros fracasos en el pasado.

Uno de los dos malhechores que están a la izquierda y a la derecha de la cruz de Jesús escucha la oración de Jesús: "*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*" (Lucas 23, 34) y le pide a Jesús: "*cuando llegues a tu reino acuérdate de mí*" (ver Lucas 23, 42). Jesús le responde: "*Te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso*" (Lucas 23,43) y promete la salvación y el perdón de los pecados de este criminal. El encuentro con la muerte es una forma de oración que tiene la misma esperanza que tuvo este criminal.

"Quien no ama al hermano o a la hermana que ve, no puede amar a Dios a quien no ve" (1 Juan 4, 20). Los que hemos sido perdonados no podemos negar el perdón a nuestros hermanos. Debemos hacer lo que dice el Padre Nuestro: "*Perdona nuestros pecados como también nosotros perdonamos a todos los que nos ofenden*" (Lucas 11, 4).

San Pedro dice. "*Para el Señor un día es como mil años, y mil años son como un día. El Señor no se retrasa en cumplir su promesa, como algunos piensan, sino que tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que nadie se pierda, sino que todos se arrepientan*" (2 Pedro 3, 8-9).

El final de nuestra vida es una preciosa oportunidad en el que todos nuestros encuentros, pasados y futuros, pueden ser una comunión pura y amoroso. Una vez que te das cuenta de que tu intención de vivir con tus propias fuerzas ha sido en realidad una vida ayudada por muchas personas, puedes abrir tu corazón a aquellos con los que necesitas reconciliarte. Pide perdón en tu corazón a los que ya han fallecido o a los que ya no verás en persona, y pide perdón a Dios.

10. "El Dios que da alegría a mi juventud"

A medida que envejecemos, todos sentimos una disminución de las fuerzas y funciones físicas, pero Pablo dice que para los que conocen la resurrección de Cristo este fenómeno es un signo de juventud interior. "*Aunque nuestra naturaleza exterior se va desgastando, nuestra naturaleza interior se renueva de día en día*" (2 Corintios 4, 16).

El hombre interior es una nueva creación en Cristo (Cfr. 2 Corintios 5, 17) que crece hasta alcanzar la madurez de la plenitud de Cristo (Cfr. Efesios 4, 13), y nos vamos transformando en su imagen con esplendor creciente (Cfr. 2 Corintios 3, 18). David alaba al Señor porque "tu juventud se renueva como la del águila" (Salmo 103|, 5). La antigua misa latina iniciaba con la alabanza "A Dios que alegra mi juventud" (*Ad Deum qui laetificat juventutem meam*). Nuestra juventud interior es la juventud que Dios nos da, y Dios se alegra

de ella.

La juventud interior habita en un corazón humilde que acepta el reino de Dios obedientemente como un niño (Cfr. Marcos 10, 14-16). Jesús presentó a los niños como reflejo de la verdadera imagen de los hijos de Dios. Esto se debe a que los niños necesitan amor, buscan ser aceptados incondicionalmente, sólo necesitan el amor de los que les rodean. Ser "pequeño", como dice Jesús (Marcos 9. 42), es el valor más alto para el ser humano. En nuestra sociedad, donde se prioriza la eficiencia, la salud y el éxito, mientras se discrimina a los débiles y se margina a los perdedores, incluso cuando envejecemos, podemos dar testimonio de la palabra de Pablo: "*porque cuando soy débil, entonces soy fuerte*" (2 Corintios 12, 10).

11. La vida sencilla cristiana

Puede decirse que la vida sencilla cristiana se parece a la práctica del yoga "DAN-SYA-RI" de negarse a adquirir lo innecesario (DAN), desechar las cosas innecesarias (SYA) y dejar los apegos por las cosas (RI).

Pablo consideraba todo como pérdida en comparación con la maravilla de conocer a Cristo, por él doy todo por perdido y lo considero "*basura*" con tal de ganarme a Cristo (Cfr. Filipenses 3. 8).

Este espíritu es el secreto de la vida sencilla para los cristianos. Jesús dijo: "*donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón*" (Mateo 6, 21). Luchamos contra nuestra obsesión por la riqueza, dejamos de querer más, y nos liberamos de la vanidad y de una visión egocéntrica de la vida, para crear un lugar en nuestro corazón para los pobres y los débiles.

Respecto a la vida de fe, Pablo enseña a Timoteo: "*Y claro está que la religión es una fuente de riqueza para quien sabe contentarse, ya que nada trajimos al mundo y nada podremos llevarnos*". (1 Timoteo 6, 6-7). En el encuentro con la muerte, aspiramos a una vida sencilla con un corazón que confía en el Señor. No somos dueños de nuestras pertenencias, sino sus administradores, y al compartirlas con nuestro prójimo, servimos a la providencia de Dios (Gaudium et Spes, Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual, 69).

En lugar de almacenar cosas para algún momento en que podamos necesitarlas, debemos revisar lo que es importante para permanecer en el amor de Dios, dejar el futuro a Dios y conformarnos con la alegría de vivir en este momento. Los cristianos lo hacen con el objetivo de "*buscar primero el reino de Dios y su justicia*" (Mateo 6, 33) y "*todo lo que hagan, háganlo todo para gloria de Dios*" (1 Corintios 10, 31).

12. Madre de la Misericordia

En la oración inicial de la misa de la fiesta de la Asunción, conmemoramos que la Virgen María fue elevada en cuerpo y alma al cielo al final de su vida, los creyentes rezan para que entremos en la alegría eterna con la Virgen María, expresando la esperanza de salvación para todos los que creen. Inclusive en la cuarta meditación de los Misterios Gloriosos del Rosario, pedimos la gracia para una buena muerte.

La oración nocturna antes de descansar termina así: "*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*" (Lucas 23. 46) y finalmente el canto latino de la Salve Regina: "*Salve, Santa Reina*". Como descendientes de Eva, que ha sido desterrada del Jardín del Edén, rezamos para que, al atravesar este "valle de lágrimas", seamos protegidos en nuestro camino y veamos finalmente el rostro de Jesús. La Virgen María estará cerca de nosotros y pedirá al Hijo que nos ayude cuando estemos débiles, heridos, humillados, marginados y sufriendo.

La frase latina "Memento mori" (acuérdate de tu muerte) intercambiada por los monjes medievales significaba lo mismo que "Memento Domini" (acuérdate de tu Señor). Recuerda que eres mortal" significa "Recuerda siempre al Señor de la vida".

En esta época de incertidumbre por el futuro causada por la crisis del corona virus, preparémonos a encontrarnos con la muerte como cristianos, dando testimonio vivo de la fe en la resurrección de Cristo Jesús.

Maranathá ¡Ven Señor Jesús! La gracia del Señor Jesús esté con ustedes.

(cfr. 1 Corintios 16, 22-23. Apocalipsis 22, 20-21)

✠ Paul Yoshinao Otsuka

Obispo de Kioto

Solemnidad de Santa María, Madre de Dios

1 de enero de 2022